

## ¡Divino olfato!

Francisco Díez Fischer<sup>1\*</sup>

En la historia de la salvación, los sentidos del cuerpo están involucrados, pero no en la misma medida. En especial, lo están aquellos considerados “más puros” porque no tienen necesidad de contacto directo con la materia para percibir: la vista y el oído. En un caso, se habla de visión beatífica; en el otro, de tener el oído atento para escuchar la voz divina. El tacto también es importante. La salvación se juega en tocar el cuerpo de Dios con heridas que le dan muerte para darnos vida. En tanto seres encarnados, estamos deseosos de entrar en contacto tangible con lo divino (ese hambre de tacto lo resume bien la escena central de la capilla Sixtina con Dios y Adán intentando tocarse). El gusto se indica en la famosa expresión “ser la sal de la tierra”. Es un llamado a convertirse en una sal que no sea insípida y que dé mejor sabor al mundo o, al menos, evite que se pudra. Ahora, ¿qué sucede con el sentido que falta? ¿El olfato no alcanza lo espiritual suprasensible? ¿Olemos a Dios? ¿Dios nos huele? Si sus atributos son una voz que habla, un ojo que mira y un cuerpo que toca, ¿no será también una nariz que huele? En esta historia, el sentido del olfato parece ser tan marginal que vale la pena preguntarse por él.

En distintas religiones, es corriente el uso ceremonial de olores, perfumes y fragancias. Esos usos animan aproximaciones más o menos perspicaces entre el olfato y lo divino. En la tradición judeo-cristiana, las menciones no son muchas y, en general, están poco atendidas. En el Antiguo Testamento, el olfato queda aludido en los buenos olores de los sacrificios que agradan a Yahvé y transforman las emociones de su corazón.<sup>2</sup>

El olfato está supuesto en la evocación de la esposa como un jardín exquisito lleno de suaves perfumes (Cantares 4,14). En el Nuevo Testamento, para Dios somos “la fragancia o el buen olor de Cristo”; olor que no es de muerte sino “olor de la vida que lleva a la vida.” (2 Corintios, 14-16). También las oraciones de los Santos se presentan como copas llenas de perfumes que agradan a Dios (Apocalipsis 5, 8). El olor es el gran supuesto de la escena donde María Magdalena unge los pies y cabellos de Jesús. Vierte un perfume de nardo

---

<sup>1\*</sup> Dr. en Filosofía, con especial dedicación a la Hermenéutica y la Fenomenología. Investigador del CONICET.

<sup>2</sup> Luego del diluvio, Noé ofreció a Yahvé un sacrificio. Éste aceptó la ofrenda inhalando su olor. “Percibió Yahvé olor grato; y dijo Yahvé en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre” (Génesis 8, 21). Cf. Hooker, V. I. A., “El aroma en la adoración hebrea”, *Cuestiones Teológicas*, Vol. 43, N° 100, Jul.-Dic. 2016, 309-331.

puro de origen indio y es criticada por los discípulos por desperdiciar algo de tan alto precio (hoy cuesta alrededor de U\$S 10.000 por kilo). Otra referencia ineludible son los regalos de incienso y mirra que los reyes llevan al niño Dios recién nacido. Por fuera de las Escrituras, se habla de un “olor a santidad” como emanación milagrosa de ciertas personas que, por encontrarse en cercanía con Dios, se impregnan de su perfume y vencen los malos olores de la corrupción.<sup>3</sup> Se habla también de los fuertes olores a azufre del Infierno y de los suaves aromas perfumados del Paraíso. A pesar de estas menciones, en relación con lo divino el olfato no tiene un papel destacado como la vista y el oído, y eso reflejan las elaboraciones teológicas.

La razón de esta marginalidad no es azarosa. Hasta no hace mucho tiempo, el olfato era considerado el sentido más primitivo y menos valioso. En verdad, es muy antiguo y primario en nuestro contacto con el mundo. Nos aseguró la supervivencia cuando pasamos de ser cazados a cazadores. Distinguir la carne putrefacta y asar sólo aquella comestible, fue una posibilidad que tuvimos gracias al olfato. La carne cocida generó un aumento de nuestra masa encefálica e hizo posible llegar a ser lo que somos.<sup>4</sup> Aunque nuestros antepasados fueran osmófilos —como gran parte de los animales que dependen de los olores para localizar comida, reconocer caminos, identificar parientes y aparearse—, para nosotros hoy la hiperosmia (la capacidad agudísima de percibir olores) es un trastorno. El rechazo surge de una suposición. Convertirnos en seres civilizados y separarnos de la animalidad conllevó un proceso natural de disminución del olfato. Al dejar de caminar en cuatro patas, nos alejamos del suelo, desarraigamos la nariz de la fuente de olores y nos volvimos más sensibles a la percepción visual a distancia. La percepción olfativa, en cambio, sin llegar a tener un contacto directo, requiere de una cercanía con la materia que distingue al salvaje del civilizado.<sup>5</sup> Mientras el primero mete sus narices olisqueando todo con la bestialidad del hocico, el segundo se desodoriza y perfuma para erradicar el mal olor de su corporalidad material.<sup>6</sup> Así hoy distinguimos “buenos” y “malos” olores, y asumimos una empresa de desodorización, basada en el relato del asco y la purificación del hedor.

---

<sup>3</sup> Cf. Giuance, A., “En olor de santidad: la caracterización y alcance de los aromas en la hagiografía hispana medieval”, *Edad Media. Rev. Hist.*, 10, 2009, pp. 131-161.

<sup>4</sup> Agradezco esta referencia antropológica a mi colega, la arqueóloga María Paz Catá.

<sup>5</sup> Ilustrativo de este deprecio es la representación animal de los sentidos. La vista es el lince de mirada aguda. El olfato es el buitre que se alimenta de carroña.

<sup>6</sup> En *El nombre, la nariz*, Calvino contrapone el “hombre sin nariz del futuro” con el hombre primitivo que éramos cuando “todo lo que teníamos que entender lo entendíamos con la nariz antes que con los ojos”. Calvino, I., *Bajo el sol jaguar*, Madrid, Siruela, p. 12.

En síntesis, nuestras sociedades civilizadas tienden a ser casi osmofóbicas. A fin de vivir juntos, eliminamos pestilencias más de lo que cultivamos el olfato. Ese ideal se cumple plenamente en las redes y en internet. Ahí nada huele y lo visual se exagera a niveles patológicos. Nuestras religiones reflejan ese desprecio y su crítica anima la pregunta central de este trabajo: ¿Es posible otra relación entre el olfato y lo divino? La respuesta exige reconocer que la desatención en el campo religioso procede del campo del conocimiento. Por tanto, hay explicar por qué la ciencia y la filosofía despreciaron históricamente este sentido.

## I. Nada que oler

Entre los filósofos, la desvalorización del olfato es moneda corriente. Kant, por ejemplo, lo consideraba el más superfluo y desagradecido de los sentidos. Rousseau ni siquiera lo incluía en su educación sensorial. La vista y el oído son las niñas mimadas de la filosofía. Ofrecen buenos modelos de percepción y sabiduría (el brillo del Sol; la escucha del maestro interior) que permiten comprender las operaciones propiamente humanas. El filósofo prefiere dedicarse a lo visible de la pintura o a lo audible de la música, pero poco a lo odorable de la perfumería, a la que considera mero arte decorativo. Por lo mismo, la ceguera y la sordera son enfermedades corporales que describen también padecimientos de la inteligencia, y la anosmia casi no se conoce. Si bien hay excepciones (Lucrecio, Condillac o Nietzsche<sup>7</sup>), en general, la filosofía desprecia la nariz y el olor como objetos filosóficos. No hay una sabiduría olfativa, ni un olor a verdad. Tal vez su problema sea que el olor es efímero. Perteneció al mundo fugaz de las apariencias, no al de las sustancias que permanecen. Por tanto, parece ser más una cuestión de sofistas que de filósofos; más cosmetológica que ontológica; más de la superficialidad mundana femenina que de la profundidad de la especulación viril.

Los científicos y anatomistas no se han quedado atrás en el desprecio. La desvalorización del olfato encontró su fundamento científico-médico en el siglo XIX cuando Paul Broca identificó las distintas áreas neuroanatómicas del cerebro.<sup>8</sup> Broca estableció como principio que si es grande, es importante. Como nuestro bulbo olfativo es pequeño, concluyó que el olfato no era un sentido valioso para nosotros. Su interpretación fue coincidente con la idea de que, el olfato humano era un residuo de lo bestial arcaico. La evolución hacia la

---

<sup>7</sup> Nos guiamos aquí por el valioso libro de Chantal Jaquet, *Filosofía del olfato*, México, Paidós, 2016.

<sup>8</sup> Para una exposición didáctica de este punto, seguimos a Nazareth Castellanos, "Olfato: Memoria y Emoción". Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=LS71YaLjG8> Agradezco a Marie-France Begué esta referencia.

inteligencia y la libertad exigió una reducción proporcional del bulbo olfativo. Así la ciencia encontró razones suficientes para despreciarlo como un sentido sin valor para los integrantes de sociedades civilizadas.<sup>9</sup>

## II. ¿Qué descubren las neurociencias sobre el olfato?

La revalorización científica del olfato tuvo su gran momento en el año 2017. Estudios neurocientíficos desenmascararon el mito anatómico del Siglo XIX y comenzaron a revelar la enorme importancia que el olfato tiene para nosotros.<sup>10</sup> Si bien es cierto que nuestro bulbo olfativo es pequeño, descubrieron que tiene gran cantidad de neuronas y circuitos neuronales, lo que lo hace esencial para la vida humana. Por ejemplo, nuestra capacidad olfativa tiene una relación tan estrecha con nuestras capacidades de conocimiento, memoria y emoción, que entrenar el olfato disminuye el deterioro cognitivo y mejora el nivel emocional. También juega un papel determinante en los comportamientos sociales cotidianos, por ejemplo, en la elección de pareja. Al acercarnos a una persona, olemos (no de forma racionalmente consciente) su “Complejo Mayor de Histocompatibilidad” (CMH) que es fundamental para el funcionamiento del sistema inmunitario. Nos atraen aquellas personas que tienen un Complejo que huele distinto al nuestro, por lo cual la descendencia que pueda surgir de esa pareja recibirá un sistema inmunitario híbrido más fuerte. También las preferencias sociales están configuradas subliminalmente por el olor. Nos caen bien las personas que para nosotros huelen bien. Por eso quienes padecen anosmia (pérdida total del olfato, temporal o crónica) pierden calidad de vida emocional, hedónica y social. Incluso los perfumes que elegimos son los que mejoran nuestro olor corporal (el olor natural de nuestro CHM), no lo tapan ni disfrazan como se creía. Todas estas determinaciones olfativas no se perciben a nivel de la conciencia racional, sino de las alteraciones de nuestra frecuencia cardíaca y respuestas motoras. Percibimos olores, los juzgamos como agradables-desagradables y somos determinados por ellos, sin ser racionalmente conscientes.<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> Freud asumió esta lectura en *El malestar de la cultura*. El proceso civilizatorio supone una atrofia olfativa natural en el hombre, por la cual se hace susceptible de enfermedades mentales.

<sup>10</sup> Cf. McGann, J. P., “Poor human olfaction is a 19th Century myth”, *Science*, Vol. 356, Issue 6338, 2017 y Birte-Antina W, Ilona C, Antje H, Thomas H. “Olfactory training with older people”, *Int J Geriatr Psychiatry*, 33(1), 2018. Ambos artículos tuvieron como antecedente los trabajos de los Nobeles de Fisiología y de Medicina de 2004, Linda R. Buck y Richard Axel, que descifraron, por primera vez, los mecanismos que intervienen en la percepción, reconocimiento y recuerdo de olores. También cf. Wilson, D. A. y Stevenson, R. J. *Learning to Smell: Olfactory Perception from Neurobiology to Behavior*, The Johns Hopkins University Press, 2006.

<sup>11</sup> Sobre esta particular forma de conciencia olfativa, cf. Young, B. D., “Smelling phenomenal”, *Frontiers in Psychology*, 5, 2014.

Para entender la envergadura de estos descubrimientos, conviene explicar con detalle la prodigiosa influencia del olfato en nuestros procesos cognitivos y emocionales. Junto con la boca y las manos, la nariz es una de las partes del cuerpo con mayor representación neuronal en el cerebro, es decir, más importantes. Cuenta con pequeños filamentos que son estimulados por las moléculas de olor y se traducen eléctricamente al bulbo olfativo que es la puerta de entrada al encéfalo. Eso ya hace especial al olfato. Los restantes sentidos pasan por el tálamo, que es la parte del cerebro que recoge la información del mundo, pero el olfato tiene su propia puerta de acceso que es el bulbo olfativo. Dicho más claramente, el olfato es la única conexión directa que nuestro cerebro tiene con el mundo. Desde su bulbo, la información olfativa se difunde a distintas partes (la atención, la percepción, el aprendizaje, las emociones, la idea de autobiografía).

En los procesos de cognición, esa información revela la relación estrecha que existe entre olfato y memoria. La memoria se ubica en el hipocampo. Allí las neuronas decodifican y guardan información sobre lo qué paso, cuándo y con quién. Recordar es un proceso complejo. Requiere de una gran descarga energética que las neuronas deben emitir de forma coordinada. El director que regula, ordena y alinea la actividad eléctrica de las neuronas del hipocampo al momento de recordar es la inspiración. Cada vez que inspiramos, se alinean las descargas neuronales y podemos recordar. Si la inspiración contiene un olor, esa alineación es más fuerte porque la respiración es más consciente a causa del olor percibido y las neuronas responden más ordenadamente. En suma, la respiración nasal y en particular, oler un olor, es el marcapasos del hipocampo. Por eso el momento en que tenemos más memoria (más recursos neuronales para traer un recuerdo o memorizar algo) es el momento en que inspiramos por la nariz. Muchas veces, respiramos por la boca, por tanto no olemos. Si respiramos por la nariz, la ventaja es evidente. No solo olemos, sino reforzamos los sistemas neuronales vinculados a la memoria. Por eso, el olfato es el sentido que más recuerdos fija (v. gr. los olores de la cocina de la infancia). Su entrenamiento consciente, por ejemplo, aprendiendo a distinguir fragancias, disminuye el deterioro cognitivo y favorece la generación de neuronas del hipocampo que es la zona más afectada por enfermedades degenerativas como el Parkinson y Alzheimer.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> El olfato se está convirtiendo en un sensor químico para diagnosticar enfermedades neurodegenerativas revelando el deterioro olfativo que precede al deterioro neuronal. Cf. Sarkar, D., Sinclair, E., Hway Lim, S., Walton-Doyle, C., Jafri, K., Milne, J., Vissers, J. P. C., Richardson, K., Trivedi, D. K., Silverdale, M., y Barran, P. "Paper Spray Ionization Ion Mobility Mass Spectrometry of Sebum Classifies Biomarker Classes for the Diagnosis of Parkinson's Disease", *JACS*, 2 (9), *Au* 2022.

En los procesos emocionales, el sistema olfativo tiene una función central porque el bulbo inhibe la amígdala. La amígdala es la parte más profunda de nuestro cerebro y la zona más involucrada en las emociones y el aprendizaje. Si la emoción es agradable, la amígdala motiva los sistemas de memoria y atención del hipocampo. Si el olor es desagradable, los bloquea.<sup>13</sup> Si el olor desagradable persiste, la amígdala se agranda por estrés crónico y somos propensos a enfadarnos. Como el bulbo olfativo contiene a la amígdala, un olfato entrenado en olores agradables, disminuye la amígdala y mejora los estados emocionales (por eso no se equivoca la canción que dice *Love is in the Air*). Incluso se descubrió que los pacientes con depresión o trastornos afectivos tienen el bulbo disminuido.<sup>14</sup> Estas implicaciones son evidentes en la unión olfativa entre madre e hijo. Al nacer el bulbo del bebé está constantemente activado buscando olores. Busca el olor agradable de su madre porque le da seguridad emocional. El olfato prenatal de las cremas y perfumes que la madre usa durante el embarazo determina los olores favoritos que el bebé buscará recién nacido. El olor de la leche materna también le sirve para orientarse hacia el pecho a fin de alimentarse. Sin embargo, en ninguno de estos casos, se trata sólo de un proceso de protección y nutrición. A través de la actividad del bulbo olfativo, hay una mayor neurogénesis del hipocampo. En síntesis, hemos descubierto que el entrenamiento del olfato no es solo una cuestión de perfumistas, sommeliers y enólogos, sino determinante para el desarrollo de procesos propiamente humanos.

### III. Una filosofía del olfato

En el campo de la filosofía, la revalorización del olfato también es reciente. En los últimos años, se ha intentado superar el desprecio histórico desarrollando filosofías del olfato, teorías de la percepción basada en los olores y estéticas olfativas.<sup>15</sup> Siguiendo el camino de puesta en valor, presento siete aspectos que la filosofía puede aportar sobre el olfato, con la esperanza de alcanzar una función más relevante en relación con lo divino.

---

<sup>13</sup> Se comprobó que niños que aprenden en una clase con olor desagradable tienen un rendimiento cognitivo más bajo. Cf. Rolletschek, H., "The Effects of Odor on Vocabulary Learning", *Language Teaching Research Quarterly*, Vol. 18, 2020.

<sup>14</sup> Hoy proliferan los estudios sobre pacientes con COVID que perdieron el olfato e incrementaron síntomas de depresión. Cf. Yom-Tov, E., Lekkas, D., Jacobson, N. C., "Association of COVID19-induced anosmia and ageusia with depression and suicidal ideation" *Journal of Affective Disorders Reports*, Vol. 5, July 2021.

<sup>15</sup> Cf. Keller, A., *Philosophy of Olfactory Perception*, Palgrave Macmillan, 2016 y Barwich, A. S., *Smellosophy. What the Nose Tells the Mind*, Academic Trade, 2020. En el campo del arte, el Museo del Prado organizó en 2022 una muestra olfativa a partir del cuadro *El Olfato* de Brueghel y Rubens. Otro ejemplo, entre muchos, es la exposición *Evocativos efluvios* (2016) de la artista Cecilia Catalin.

### III.1 Fenomenología del olfato

En la percepción olfativa, la relación intencional entre el sujeto que percibe y el objeto percibido es particular. El hecho que, a diferencia de los demás sentidos, el olfato tenga un acceso directo a la corteza cerebral, determina una intimidad entre lo olido y quien huele. Mientras en el ver distinguimos con facilidad entre el acto de visión y lo visto, en el oler esa distinción es más difícil. Sin duda, diferenciamos entre el acto de olfacción y lo olido, pero en esa percepción el sujeto queda impregnado del objeto. Esa intimidad se refleja en el lenguaje. Utilizamos el mismo verbo (oler) para el acto del sujeto (yo huelo a) y el contenido cualitativo del objeto (huele a). Eso no ocurre con ver ni oír. La vista y el oído parecen ser más objetivos mientras el olfato, más subjetivo.<sup>16</sup> Por lo mismo, mientras es posible desviar o cerrar los ojos y taparse los oídos, no se puede cubrir la nariz por mucho tiempo (so pena de ahogarse o deprimirse). De allí que la etimología latina de olfato sea *ol-factus*. Su matiz pasivo (*factus* es el participio pasivo del verbo *facere*) refiere a “ser afectados” por olores que se nos impregnan. Dicho de otro modo, al tener un camino más directo a nuestro cerebro, el olfato ofrece una sensación más envolvente, íntima y emocional que otros sentidos. Su percepción es impregnación.

Por esta cualidad de penetración en la intimidad, Kant sentenciaba la falta de urbanidad del olfato. “El olfato es como un gusto a distancia, que obliga a los demás a gozar también, quieranlo o no, por lo cual este sentido es, como contrario a la libertad, menos sociable que el gusto, con el que, entre muchas fuentes o botellas, puede el comensal elegir una de su agrado, sin obligar a los demás a gustar también de ella.”<sup>17</sup> El olfato es antisocial pues sus percepciones se asemejan a una violación de la intimidad, más aún porque no hay forcejeo ni resistencia posible. Las percepciones olfativas atropellan al libre albedrío. Al no poder evitarse, hacen sucumbir a la necesidad. Los olores se imponen y asimilan como si fueran un alimento forzado. La comparación con el gusto es clara. Si se obliga a comer algo, es posible vomitar, pero con el olor ni siquiera eso se puede. Una vez que ha penetrado, se impregna y no se puede expulsar. Incluso sucede con el buen olor. El olfato impone un goce que, si se respira, no se puede evitar. Por eso es un sentido antisocial y de mal gusto. La pretensión kantiana sería una sociedad sin olores, libre y respetuosa con el prójimo bajo relaciones inodoras.

---

<sup>16</sup> La fuerza de subjetividad del olfato permite a Condillac en su *Tratado de las sensaciones* poner el caso de la estatua que despierta a la percepción solo a través del olfato. Al solo poder oler, la estatua puede distinguir olores, pero no sabe que son olores de objetos y cree que es su olor. La estatua se huele a rosa cuando huele una rosa sin saber que es una rosa. La razón que da Condillac para iniciar con el olfato el análisis de la génesis empírica de todo conocimiento humano es, precisamente, porque este sentido parece ser el que menos contribuye al conocimiento. Su conclusión desenmascara este mito. Cf. Chantal Jaquet, *Filosofía del olfato*, Posición en Kindle7656.

<sup>17</sup> Kant, I., *Antropología en sentido pragmático*, Madrid, Alianza Editorial, § 21.

La impregnación fenomenológica entre sujeto y objeto en la percepción olfativa repercute en la reversibilidad de todo lo sensible: somos cuerpos que huelen y son oídos por sí mismos y por otros. En el campo del olfato, eso significa descubrir una parte íntima de un ser y penetrar en su interioridad así como él penetra en nosotros, pues “el olor del otro es su carne exhalada que yo inhalo”.<sup>18</sup> Imaginemos qué sucedería si el ver u oír alcanzaran tal intimidad. Si pudiéramos escuchar lo que el otro se dice a sí mismo y el otro escuchara lo que nos decimos. O si pudiéramos ver su interioridad y que vea la nuestra. Las relaciones serían muy diferentes. En la percepción olfativa, esa intimidad es moneda corriente porque el olor que sentimos es una fusión del olor del cuerpo del otro con el del mío. Oler anula la distancia entre cuerpos que se volatilizan al hacerse olor. Al inhalarnos, de alguna forma, nos poseemos. Todo eso se resume en una primera paradoja: el olor está tan unido y se hace tan íntimo a quien huele que no está por otra cosa como la imagen. Si quieres oler un jazmín, tiene que haber un jazmín que impregnará de su olor tu nariz. El olor no comparece más que por sí mismo y se intima con tal proximidad que complica al lenguaje.<sup>19</sup>

### III.2 Hablar de olores

La particularidad perceptiva del olfato dificulta el lenguaje, por eso al olfato se lo llama el sentido mudo. Ya Platón reconocía que describir colores era mucho más fácil que describir olores. Hay muchos nombres específicos para los primeros, pero pocos para los segundos. Por eso a veces apelamos a analogías y comparaciones (huele a aceite quemado); otras, a palabras que designan los efectos producidos en la intimidad de quien huele: agradable, molesto, fuerte, suave, empalagoso, seductor, intenso. ¿Por qué es tan difícil expresar y comunicar con el lenguaje las sutilezas olfativas?

Para algunos, la indigencia lingüística no es universal y depende del idioma que se hable.<sup>20</sup> Cada lengua tiene un vocabulario más o menos rico para referir al olfato de acuerdo al trato y valor cultural que tenga. La lengua francesa, por ejemplo, tiene más de 50 sustantivos para describir olores. Incluso “sentir” y “oler” son el mismo verbo. *Sentir* en francés refiere tanto al sentir general como al sentir específico del olfato. Asimismo, *Je sens* significa tanto “yo percibo un olor” como “yo despidió un olor”; lo que refleja la intimidad envolvente del olfato al

---

<sup>18</sup> Chantal Jaquet, *Filosofía del olfato*, Posición en Kindle1895.

<sup>19</sup> La invención química de olores sintéticos, que permiten representar un olor sin la presencia sensible de su fuente natural, es relativamente reciente.

<sup>20</sup> Cf. Majid, A. y Burenhult, N. “Odors are expressible in language, as long as you speak the right language” *Cognition*, 130, 2014.



igual que nuestro “huelo a”. Quizá la causa de esta riqueza se deba a la herencia cultural francesa tan atenta a los perfumes como afamada por los malos olores.

Para otros, la razón es más neuroanatómica.<sup>21</sup> Los recursos neuronales para hablar son los mismos recursos neuronales que utilizamos para oler. El lenguaje compite con el olfato por las mismas neuronas, por eso es tan difícil darle nombre a lo que estamos oliendo. Por esa misma razón, podemos acallar los pensamientos a través de los aromas (aromaterapia).

Cualquiera sea la verdadera explicación, la penuria lingüística coincide con la fragilidad ontológica de los olores. Caracterizados por su evanescencia, transitoriedad y no estabilidad, el goce de este sentido “no puede ser sino fugaz y pasajero”.<sup>22</sup> El lenguaje lo sabe. Las palabras, al igual que la “verdadera” obra de arte, parece necesitar de lo común y estable, es decir, de lo contrario al modo de ser de los olores. Quizá la lengua prefiera ser inodora, pero revela una nueva paradoja: el olfato es de las experiencias perceptivas más subjetivas y menos comunicables intersubjetivamente en el lenguaje, pero, a su vez, la más invasiva e infiltrante de la alteridad en la intimidad.

### III.3 Olor a recuerdo

La explicación neurocientífica del poder mnémico del olfato tiene reflejos filosóficos. La capacidad especial del olfato para revivir el pasado arraiga en que los olores comparten la misma estructura frágil que los recuerdos. El pasado como el olor son precarios y se desvanecen. Las sensaciones odorables en el presente perceptivo reviven los recuerdos pero sin quitarle ese carácter pasajero e inasible. *En busca del tiempo perdido* ofrece un ejemplo paradigmático. Proust expresa como el olor y el sabor de la magdalena lo transportan a su infancia. No solo al olor pasado, sino a todo el pasado que revive con él. Ese fuerte poder evocador del olor vivifica la memoria y reactiva el recuerdo con más fuerza que cualquier fotografía. A eso se le denomina “experimentar una magdalena de Proust” o tener un “recuerdo proustiano”.<sup>23</sup>

Toda historia es historia de olores porque comienza con fuerza por la

---

<sup>21</sup> Cf. Levitan, C. A., Ren J, Woods, A. T., Boesveldt, S., Chan, J. S., McKenzie, K. J., et al., “Cross-Cultural Color-Odor Associations”, *PLoS ONE*, 9 (7), 2014.

<sup>22</sup> Kant, I., *Antropología en sentido pragmático*, § 22.

<sup>23</sup> Cf. Baudry, M., “Did Proust predict the existence of episodic memory?”, *Neurobiology of Learning and Memory*, Vol. 171, May 2020. En este punto, es interesante pensar la realidad de las alucinaciones olfativas (fantasmias).

nariz, por eso también es una historia afectiva.<sup>24</sup> Sin embargo, al revivirla por el olor nunca deja de tener la consistencia etérea y frágil de lo pasajero. Ahora la paradoja dice así: el modo más precario para acceder a los recuerdos, pues no se deja registrar fácilmente como los objetos, los videos o las grabaciones, es el sentido más potente que tenemos para revivirlos.<sup>25</sup>

### III.4 Reconocimiento de un olor

En torno al reconocimiento y al olfato, es famosa la historia de Odiseo y su perro Argos. Al volver a Ítaca, Odiseo no es reconocible a simple vista porque Atenea disimuló sus facciones. El olfato de su perro, aunque anciano, lo descubre. La historia muestra la superioridad de la nariz. Puede conocer un pasado que se hace presente de forma no evidente. Percibe lo que los ojos no ven que está volviendo. Reconoce un olor que es la firma irrefutable de una identidad.

El olor de cada uno es íntimo y personal. No el olor que tengo un día en particular donde me impregno de los olores del mundo o los que mi cuerpo desprende por causas diversas en distintas etapas (el olor del niño que acaba de nacer, no es el de enfermo que está por morir), sino *mi* olor, el que otros huelen. Ese olor define mi identidad tanto como los rasgos de mi rostro. De allí que existan nombres propios perfumados: Jazmín, Melissa, Florencia. Cada uno tiene una identidad invisible pero odorable. Lo que se experimenta en la intimidad del olfato es el intercambio de esos olores identitarios, que se mezclan con todos los olores que cada uno olió antes. La alquimia es incalculable, pero el olor del otro queda en los lugares y se pega a las prendas como seña inconfundible de la presencia pasada. Se cuenta que Alejandro Magno tenía fama de oler divinamente bien. Sus ropas estaban impregnadas de azafrán, incienso y mirra. Su olor anticipaba su llegada y quedaba tras su marcha como recuerdo de su visita. Era la forma en que su poder se mantenía en ausencia del soberano.

La auto-percepción del olor propio es un problema. En verdad, es el mismo problema que tiene la frente. Lo que no puedo percibir es lo primero que revelo a otros. Mi olor se desprende de mí sin que lo perciba. La nariz da cuenta de lo que al cuerpo le cuesta la flexión sobre sí. ¿A qué huelo? es otra forma de la pregunta ¿quién soy?, hecha a la nariz de otro. Por principio, ningún olor identitario es desagradable. Sin embargo, las mezclas olfativas sobre

---

<sup>24</sup> En el Museo Histórico Nacional se ha incorporado, junto con objetos visibles sobre el cruce de la cordillera, botellas con olor que los visitantes pueden destapar a fin de “oler” los aromas de ese hecho histórico.

<sup>25</sup> Hoy en día hay varios museos dedicados al perfume que guardan fragancias del pasado. En especial se destaca la *Osmoteca*, creada en Versalles en 1990.

la base del olor de cada uno chocan con ciertos límites sociales de lo aceptable e inaceptable para la convivencia. Lo que se juzga in-mundo inicia el mito de la pulcritud que lo erradica. Por eso, en general, el recurso al olfato es muy común en los discursos de no reconocimiento de la alteridad. A pesar de la indigencia lingüística, no ahorramos en calificativos odorables. “¡Me tienes hasta las narices!”, “Apestoso”, “Basura”, “Bosta”, “Mierda”.<sup>26</sup> El olor tiene una fuerza especial para la descalificación. Quizá se deba a que, gracias a él, el otro se me impregna con tal intimidad que no puedo poner distancia ni diferencia.

La paradoja aquí es que un olor, ligado al reconocimiento, produzca tanto asco y odio como deseo y amor. Hay numerosos ejemplos de lo último. Los nombres de los perfumes suelen resaltar su fuerza seductora y hechizante (*Sortilège*, *Obsession*, *Opium*, *Addict*). El protagonista de la novela *El Perfume*, Jean Baptiste Grenouille, se torna la criatura más seductora que existe porque, sin olor y excluido de la comunidad, se inventa un olor que “domina el corazón de los hombres”.<sup>27</sup> Quizá por eso el Dios Adonis, hijo de Mirra, es al mismo tiempo el dios de los perfumes y el dios amante. Quizá, por lo mismo, Napoleón le escribe este particular final de carta a su amada Josefina: “No te laves. Parto. En ocho días estaré allí.”<sup>28</sup>

### III.5 Conocimiento olfativo y verdad filosófica

“Olfacio, ergo cogito”.<sup>29</sup> La relación entre olor y conocimiento filosófico se ampara en la aproximación neurocientífica entre olfato y cognición. Es curioso notar que este sentido tenga tantas afinidades lingüísticas con la razón. En lenguaje cotidiano, el olfato tiene una gran cercanía semántica con la intuición. “Tener olfato para algo” es tener un conocimiento verdadero sin poder dar muchas razones de por qué (juzgar con seguridad pero sin pruebas en francés se dice “à vue de nez”, literalmente “a vista de nariz”, equivalente a nuestro “ojo de buen cubero”). También la frase “me huele mal o bien” remite al conocimiento de algo que se intuye. Si bien el olfato como intuición presenta el riesgo de darse de bruces y romperse las narices, no es extraño a un conocimiento de lo

---

<sup>26</sup> Sarmiento llamaba a los senadores que frenaban sus proyectos de ley para el desarrollo agrícola “Aristócratas con olor a bosta”. Cf. Kukso, F., *Odorama. Historia cultural del olor*, Barcelona, Taurus, 2019, p. 299.

<sup>27</sup> Süskind, P., *El perfume. Historia de un asesino*, Barcelona, Seix Barral, p. 64. Como bien señala Michel Serres, todo amor supone un acuerdo de los olfatos. Cf. Serres, M., *Les cinq sens*, Paris, Éd. Grasset & Fasquelle, 1985, p. 224.

<sup>28</sup> Tulard, J. y Favier, J. (coords), *Lettres d'amour à Joséphine*, Paris, Fayard, 1981, p. 155; citado por Chantal Jaquet, *Filosofía del olfato*, Posición en Kindle2136.

<sup>29</sup> Le Gros Clark, W. E. paleoantropólogo británico, citado por Kukso, F., *Odorama*, p. 2

verdadero. Eso parece confirmar la gran palabra griega para inteligencia, *nous*. Originariamente designaba el husmear del animal salvaje cuando siente que “ahí hay algo”. En latín, lo ratifica el verbo *sapere*. No solo refiere a “saber”, sino a “percibir el sabor” o “el olor que exhala” (de allí que *sapo* sea jabón). Lo que se sabe irrumpe e impregna las fosas nasales.<sup>30</sup> También en latín *sagax* designa a quien tiene un “olfato fino y sutil” con gran penetración e ingenio perspicaz. Una persona “sagaz” es la que sabe detectar con la nariz una verdad profunda, no superficial. A la luz de estas afinidades, resulta menos extraño que Francisco de Sales haya definido la meditación y la contemplación en términos olfativos: “la meditación es semejante al que huele el clavel, la rosa, el romero, el tomillo, el jazmín, el azahar, uno tras otro (...); sin embargo la contemplación es similar al que huele el agua de fragancia compuesta con todas estas flores”.<sup>31</sup>

A pesar de su histórico desprecio, algunos pensadores indicaron la relación entre olfato y contemplación filosófica. Demócrito era considerado un “especialista en cosas nasales”.<sup>32</sup> Heráclito reconocía que “si todas las cosas se volvieran humo, por la nariz las conoceríamos”.<sup>33</sup> Para Empédocles todo tenía “su parte de aliento y de olores”.<sup>34</sup> En el *Timeo*, Platón utilizaba la analogía olfativa para explicar la articulación entre ser y devenir en la actividad del demiurgo.<sup>35</sup> Aristóteles reconocía que el olfato humano rebasaba la función vital de conservar, buscar alimento y evitar lo malo; servía “para el bienestar”.<sup>36</sup> Lucrecio consideraba a la sagacidad como la gran virtud filosófica. El filósofo debía ser sagaz para aprehender lo que se escapa a la vista. Ser capaz de detectar lo invisible mediante el olfato que atestigua la existencia de cuerpos invisibles como los olores que llegan a nuestra nariz.<sup>37</sup> Entre los antiguos, el modelo olfativo del conocimiento filosófico era el del sabueso que husmea los rastros más profundos de la realidad.

---

<sup>30</sup> Aún algunos conocimientos y diagnósticos en medicina se fundan en la percepción olfativa del médico (v. gr. placenta previa, corioamnionitis, etc.).

<sup>31</sup> Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, VI, V, Paris, Gallimard, pp. 622-623.

<sup>32</sup> Onfray, M., *L'Art de jouir. Le contempteurs du nez*, Paris, Le Livre de Poche, 1991, p. 98.

<sup>33</sup> Aristóteles, *Acerca de la sensación y lo sensible*, 5, 443a23.

<sup>34</sup> Teofrasto, *Du sens*, 21, Les *Écoles* présocratiques, A, LXXXVI, p. 176.

<sup>35</sup> La *chora* era el receptáculo susceptible de recibir todas las formas sin tener ella ninguna forma. Con ella sucedía lo mismo que con los ungüentos olorosos “el primer cuidado del artesano es justamente hacer lo más inodoro posible el excipiente humano destinado a recibir los perfumes”. Platón, *Timeo*, 50c-51e.

<sup>36</sup> Aristóteles, *Acerca de la sensación y de lo sensible*, 436a20-437a.

<sup>37</sup> Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, I, 410. Allí explica olfativamente la relación de alma y cuerpo. En la muerte el alma abandona al cuerpo, y este se convierte en un vino sin aroma o en un perfume destapado.

En la modernidad, que un civilizado podría considerar menos primitiva, también hay huellas de un olfato filosófico. Spinoza habló de un “olor a verdad”.<sup>38</sup> Pero Nietzsche fue quien expresó más acabadamente la sagacidad olfativa de la filosofía. Las mentiras se revelan a la nariz del filósofo no solo porque exhiben lo que nos gustaría ocultar —lo que le sucede a Pinocho no es una casualidad—, sino porque hay un olor específico a mentira. “Soy el primero que ha descubierto la verdad, por el solo hecho de que soy el primero en haber sentido —en haber oído— la mentira como mentira”.<sup>39</sup> El hedor de la mentira envicia el aire de la cultura, por eso Zaratustra se aleja de la vida de los hombres en las ciudades: “No me gusta respirar su aliento. ¡Ay, qué yo haya vivido tanto tiempo en medio de su ruido y de su mal aliento.”<sup>40</sup> La filosofía nietzscheana pretende los buenos aires, el aire de montaña puro, fresco y vigorizante que aprehende la volatilidad de la vida en el esplendor del olor. “Mi genio está en mi nariz”.<sup>41</sup> Se trata de la nariz filosófica que es superior a la razón gracias a que conoce con seguridad en la inmediatez: “el que hace caso a su nariz, rara vez se equivocará”.<sup>42</sup> Con ella se penetra en las entrañas y se conoce la verdadera intimidad de los hombres.<sup>43</sup>

Aquí también hay una paradoja. El olor es del orden de lo evanescente, fluido y efímero. Lo menos parecido a una sustancia estable. Sin embargo, es lo más íntimo y concentrado de lo real. El olfato alcanza el olor de la esencia que emana de las entrañas de los seres. ¿Es mera casualidad que la palabra “esencia” tenga dos significados, filosófico y olfativo, a la vez? La esencia es aquello que constituye la naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable en ellas, y a la vez el perfume líquido con gran concentración de sustancias aromáticas. Un filósofo no es un sabio, es un sabueso. Su pretensión de conocer verdades esenciales es el deseo de olfatear la “esencia transitoria” de las cosas, es decir, los “olores evanescentes” que las constituyen. Mete las narices en la realidad e intenta oler las esencias. Balbucea al describir el concentrado odorable que las define. Su vista no percibe esa fragancia ontológica que surge en la intimidad, pero el lazo olfativo se la exige; quizás eso intenta decir la palabra “sabiduría”.

---

<sup>38</sup> Spinoza, B., *Traité de la réforme de l'entendement*, París, Vrin, 1979, § 36.

<sup>39</sup> Nietzsche, F., *Ecce Homo. Cómo se llega a ser lo que se es*, Madrid, Alianza Ed., 2005, p. 136.

<sup>40</sup> Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza Ed., 2003, p. 263.

<sup>41</sup> Nietzsche, F., *Ecce Homo*, p. 136. “¡Qué sutiles instrumentos poseemos en nuestros sentidos! Esta nariz, por ejemplo, de la cual ningún filósofo ha hablado con respeto y gratitud, es de momento el instrumento más fino del que disponemos”. Nietzsche, F., *Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo*, Madrid, Alianza Ed., 2002, p. 53.

<sup>42</sup> Nietzsche, F., *Más allá del bien y del mal*, E-Bookarama, 2022, p. 109.

<sup>43</sup> “Tengo algo que llamo mis narices interiores. En todo contacto con seres humanos, lo primero que se me revela es el grado de limpieza interior (...) precisamente a las ‘almas bellas’ las huelo como particularmente impuras.” Nietzsche, F., *Fragmentos póstumos*, IV, 21. N VII4. Otoño de 1888 Madrid, Ténos, p. 739.

### III.6. Sociedad y suciedad

Es evidente que el olfato desempeña un papel social fundamental. En las sociedades hiperósmicas, los olores son parte cotidiana de los ritos de convivencia. Algunos ejemplos son los besos de narices, aspirar el olor del otro como forma de darle la bienvenida, el acto de oler su cabeza como signo de cariño. En nuestras sociedades hipósmicas, por el contrario, no nos gusta meter las narices en los saludos. Nuestro paradójico rechazo del cuerpo en la era de la encarnación “se acompaña de un odio al olfato”.<sup>44</sup> El asco del cuerpo es proporcional al desprecio de sus olores y correlativo al deseo de higiene. Los malos olores para el olfato son como las malas palabras para el oído o los desnudos para la vista. De allí que tengamos incorporada una relación muy estrecha entre higiene y moral donde el olfato se lleva el peor papel.

En nuestras comunidades, las reglas de higiene y limpieza para eliminar olores tienen implicancias morales bien conocidas. La palabra “sucio”, por ejemplo, ya refiere en sí misma a lo “perverso”, y hay un claro sentido moral en tener las manos limpias.<sup>45</sup> Por lo general, la elaboración de las normas morales refleja la conformación sensorial del cuerpo y aspira a regular su uso. El cuerpo es el corazón de cualquier ética, por eso si cambiamos el cuerpo, cambia la ética (y también la religión). Basta decir que si no pudiéramos oler, otras serían las buenas costumbres. Con el trato que le damos al cuerpo que hoy tenemos, lo que huele mal es malo y, al considerar que la higiene es antecesora de la virtud, debemos aprender a sentir un asco que no tenemos de niños.<sup>46</sup>

En el caso del desodorante, es claro que la eliminación de olores es un trabajo que, en general, hacemos para otros. Cada día nos “desodorizamos” para ser agradables y aceptables a los demás (con excepción de algunos, con gran desarrollo cognitivo, que usan perfumes para sí mismos). También nos desodorizamos porque sabemos que el olor es un marcador moral.

---

<sup>44</sup> Chaumier, S., “L’odeur du baiser”, en Pascal Lardellier (coord.), *À Fleur de peau. Corps, odeurs parfums*, Paris, Éditions Belin, 2003, p. 93.

<sup>45</sup> Tales reglas suelen ser menos estrictas para el hombre que para la mujer. Sobre la mujer pesa una discriminación olfativa que resume la palabra puta, del latín *putere* apestar, oler mal.

<sup>46</sup> Un curioso ejemplo de lo constituye una publicidad de jabón, aparecida en la revista *Caras y Caretas* en febrero de 1910. Decía así: «Una casa en la que al entrar en su patio o galería ya se nota el inconfundible perfume del jabón Reuter, ya impone también en el espíritu un sentimiento de respeto. Allí hay gente aseada y como el aseo del cuerpo es casi siempre una consecuencia de la corrección moral, el espíritu establece rápidamente esta síntesis: “Esa familia que usa el incomparable jabón Reuter, debe de ser, no tan solamente una familia limpia y de buen gusto, sino también una familia honesta”. El Jabón Reuter sirve, pues, hasta para carta de garantía en cuanto a las buenas costumbres de las personas.» Citado por Kukso, F., *Odorama*, p. 300.

Los hediondos no solo son olfativamente estigmatizados, sino moralmente inaceptables por lo difícil que hacen la convivencia. Es posible vivir con desalineados, gritones, sordos o brutos, pero... ¿convivir con malolientes? Quizá más que ningún otro sentido, al intimar cuerpos e impregnar olores, el olfato sea un sentido de convivencia. Aquí se revela otra paradoja para nosotros: el buen olor es un cuerpo sin olor. Sobre esta base, nuestras comunidades establecen sus reglas de higiene, hechas por bienolientes, cuyo imperativo categórico de convivencia es “no apestarás”.

En el caso del perfume, su poder moral es evidente. Si bien algunos moralistas confunden perfume y frivolidad, entre nosotros el perfume fabrica cuerpos ideales. Basta mirar algunas de sus publicidades, personificadas por criaturas casi etéreas. Cuerpos idealizados de una “esencia depurada y liberada de sus accidentes carnales”.<sup>47</sup> El perfume metamorfosea la vergüenza odorable del cuerpo. El ideal de cuerpo perfumado, dominado y lustroso, participa mejor del juego de la sociedad que excluye la suciedad. Por eso, desde sus orígenes, los perfumes son principio de distinción y superioridad social. Reflejan el carácter casi divino de los perfumados; su pertenencia a otra clase. Las fragancias dan aroma a inmortalidad; halos imperecederos que ocultan el mal olor a finito.

La moral higienista que exalta desodorantes y perfumes tiene cierta particularidad que puede ser expresada con un proverbio latino: “a cada uno le parece agradable el olor de su basura”. Hobbes lo explica señalando que los olores que parecen provenir de otros, nos ofenden, pero cuando emanan de nosotros, no nos desagradan.<sup>48</sup> El hombre es el lobo del hombre también a la nariz. El mal olor es siempre el del otro, extranjero o enemigo.<sup>49</sup> Incluso las categorías sociales se determinan con marcadores olfativos: el hedor del trabajador, el perfume del burgués, la izquierda demasiado perfumada, lo rancio de los conservadores.

Las suciedades y sus olores se potencian en nuestras ciudades. Vivir “civilizadamente” junto a otros requiere más higiene que en el campo; tal vez por eso el olfato se aletarga. Un buen ejemplo es Buenos Aires. Podría suponerse que su nombre vaticina buenos olores, pero, al contrario. A

---

<sup>47</sup> Chantal Jaquet, *Filosofía del olfato*, Posición en Kindle954.

<sup>48</sup> Hobbes, T., *De la nature humaine*, ch. VIII, § 2.

<sup>49</sup> Hay un relato bastante ilustrativo. En 1886, con la llegada de la epidemia de cólera a Buenos Aires, el periódico *El Mosquito* del 23 de enero de 1887 decía: «¿De dónde ha venido el cólera siempre? De Italia. No es extraño. Los buques que siempre han sido los más sucios de los que vienen acá son los italianos. Hemos tenido el valor de visitar los mejores de esa nacionalidad y francamente son asquerosos.» Citado por Kukso, F., *Odorama*, p. 294.

comienzos del siglo XIX, Buenos Aires era “la ciudad más pestilente del globo y las autoridades se vieron obligadas a traer ingenieros ingleses para que hicieran algo para evitar el exterminio de sus habitantes”.<sup>50</sup> Lo cierto es que los “buenos” y “malos” olores son construcciones sociales. Expresan la manera en que ciertas cosas afectan íntimamente a los integrantes de una comunidad determinada. No hay esencia fétida en sí misma, más allá de que, ontológicamente, todo lo finito huele a marchito.

### III.7. *La nariz de Dios*

Tras lo dicho, vuelvo sobre la pregunta central: la relación entre el olfato y lo divino. Es innegable que, desde los inicios de la humanidad, los buenos olores, aromas y perfumes, han tenido una función central de purificación, protección y transición en ritos religiosos de distintas culturas.

Entre los egipcios, por ejemplo, los perfumes preservaban el cuerpo en la transición al más allá. Hacían de vehículo entre los dos mundos. Por eso las tumbas de Tutankamón y Ramsés II tenían más de 3.000 fragancias, ungüentos y aceites que aún se podían oler cuando fueron abiertas. Los perfumes eran máspreciados que el oro y la plata porque proporcionaban el mayor placer. El sentido del olfato era tan valioso que cuando aparece una palabra relacionada con ser feliz y felicidad está acompañada por la figura de la nariz. Incluso los perfumes tenían su propia deidad, *Nefertum*. La llegada de los dioses era anticipada por aromas dulces que eran “sudor divino” y en sus templos siempre eran honrados con incienso y mirra.

Los griegos admiraban a los egipcios como grandes genios del perfume. Los médicos hipocráticos consideraban que los perfumes eran antidotos para las infecciones que contrarrestaban todo lo fétido que enfermaba. De allí que la palabra “bálsamo” designe tanto la sustancia aromática como el consuelo o alivio. Sus dioses se alimentaban de Néctar y Ambrosía porque su esencia era aromática y despedía una fragancia, la *euodia*. En virtud de su naturaleza perfumada, los dioses griegos recibían ofrendas proporcionales. La quema de incienso y mirra servía, al mismo tiempo, para alimentarlos, honrarlos y establecer comunicación con ellos. Esa práctica, creadora de un ambiente perfumado y favorable para la comunicación contemplativa, se extendió en

---

<sup>50</sup> Hudson, G. E., *Allá lejos y hace tiempo*, Ediciones Libros Selectos, 2016, p. 340. Como otras ciudades, la ciudad de Buenos Aires cuenta hoy con un mapa de olores que identifica las “nubes odorables” de cada barrio. Así alienta lo que se denomina “turismo aromático”.



todas las religiones donde lo divino tenía cualidad etérea.<sup>51</sup>

Entre los budistas, el culto del incienso y del sándalo es central. Las mismas estatuas de Buda son elaboradas con maderas aromáticas. Algunos sutras enseñan que el incienso contiene las palabras de Buda. Hay que respirar el humo y “escuchar el incienso” para comprender las palabras divinas en el camino perfumado de iluminación que llaman *Kodo*.

Entre los cristianos, más allá de continuar con las prácticas de quemar incienso y mirra, hay un referente de excepción: Gregorio de Nisa. En consonancia con su doctrina de la tiniebla divina y del carácter nocturno de la mística, consideraba que el sentido más importante en relación con Dios no podía ser la vista, sino el olfato.<sup>52</sup> Interpretando el *Cantar de los Cantares*, Gregorio elabora una cristología en clave de perfume.<sup>53</sup> Entiende que el hombre es incapaz de tener una “visión de Dios”. En cambio, el olfato le ofrece en este mundo una percepción de la presencia invisible de Dios como olor. Un aroma perfumado es indicador de su presencia y de la apertura de su reino. Ignoramos la esencia de esa fragancia divina (con los nombres “todopoderoso”, “santo”, “bienaventurado”, solo decimos partículas de su *Aleph* perfumado). No obstante, lo percibimos porque se derrama invisible pero odorable entre nosotros. Gracias a esa presencia aromática, Dios se hace accesible y se comunica a través de la nariz.<sup>54</sup> El olfato se convierte así en un sentido paradójico: tan bestial como

---

<sup>51</sup> Como señala Michel de Montaigne: “la introducción del incienso y los perfumes en tan antiguas y difundidas comunidades en todos los países y en todas las religiones tiene el cometido de alegrarnos, despertar y purificar los sentidos para hacernos más aptos a la contemplación”. Montaigne, M. *Essais*, I, 55, *Des senteurs*; citado por Chantal Jaquet, *Filosofía del olfato*, Posición en Kindle I772-1773.

<sup>52</sup> También Orígenes cuenta con referencias antecedentes. Afirma que Cristo tiene el nombre de “perfume o nardo: para que el olfato del alma tenga la fragancia del Verbo.” Cf. Ciner, P. A., “Los sentidos espirituales en la teología de Orígenes”, en Peretó Rivas, R. y Martín De Blassi, F. (eds.) *Atentos a sí mismos y atentos a la realidad. Reflexiones en torno a la atención y los sentidos espirituales*. Buenos Aires: Teseo Press, 2020. También Dionisio el Areopagita habla de “la esencia perfumada sobre la inteligencia” y “Jesús, el perfume superesencial”. Referido por Reyes Gacitúa, E. “El perfume del Esposo. Según Gregorio de Nisa en el Comentario al Cantar de los Cantares”, *Teología y Vida*, Vol. XLVIII (2007), pp. 207-214. Incluso Cristo es asimilado al recipiente del incensario. Cf. Guiance, A., “En olor de santidad: la caracterización y alcance de los aromas en la hagiografía hispana medieval”, p. 137.

<sup>53</sup> Cf. Meloni P., *Il Profumo dell' immortalità. L' interpretazione patristica di Cántico 1, 3*. Roma, Edizioni Studium, 1975.

<sup>54</sup> Cabe preguntarse si Dios no estará también en los olores de la basura. Cf. Solle, D., *Dios en la basura. Otro «descubrimiento» de América Latina*, Ed. Verbo Divino, 1993.

divino, tan zoológico como teológico que reúne animalidad y divinidad.<sup>55</sup>

En resumen, para la relación con lo divino el olfato tiene sus ventajas. 1º) Poder percibir presencias invisibles bajo la forma de “esencias” y contar con una naturaleza inasible e imputrescible que es proporcional tanto a la idealidad inmaterial de la naturaleza divina como a su incorruptibilidad y eternidad. Lo divino es aromático y se percibe en regiones odorables. 2º) Ese carácter etéreo y evanescente convierte al olfato y al olor en canal ideal de comunicación e intercambio que une cielo y tierra. A eso refiere la etimología de perfume: *per-fumus* (a través del humo). Ahumar con incienso pone al ser humano en relación inmediata con el cielo a través de un camino vertical. El endeble humo que asciende por el aire hasta lo alto no solo refleja lo efímero y frágil de la existencia, sino, a través de esa ligereza, traza una vía de comunicación.<sup>56</sup> 3º) Su ubicuidad sensible y capacidad de propagación sugieren la omnipresencia divina. La intimidad envolvente del olor intima a Dios y lo impregna en la atmósfera. En las ceremonias, el olor no se ve, pero penetra a los creyentes, los envuelve y hace de ellos una misma colectividad sensorial, aboliendo diferencias y transformando a todo otro (incluida la divinidad) en un íntimo prójimo, con el que nos hacemos uno en la inhalación. 4º) Su carácter irrepresentable indica una presencia sin representación. El olfato deroga la distancia de la representación y ofrece la experiencia más subjetiva de una presencia invisible que comparece por sí misma en la intimidad, complicando cualquier comunicación intersubjetiva con palabras.<sup>57</sup>

## Conclusión

Vivir es respirar y respirar es oler. Por tanto, no debería ser tan difícil salir del Alzheimer social que aqueja al olfato y recordar el poder relacional que este sentido tiene con la infinitud de lo divino a pesar de que nos impregne los olores de la materia finita. Aunque Bernardo de Claraval, dijera que “el olor impide pensar” (*odoratus impedit cogitationem*), hay razones suficientes para que la reflexión religiosa ponga atención al olfato. Quizás en eso piensa el Papa

---

<sup>55</sup> En esta reunión, es revelador el mito de la pantera perfumada como imagen de Cristo encarnado. El hijo de Dios atrae a los humanos por el olor a santidad que despiden sus enseñanzas. Cf. Chantal Jaquet, *Filosofía del olfato*, Posición en Kindle1172.

<sup>56</sup> Quizá por eso Anselmo recomienda agudizar el olfato y pedir oraciones a personas que tienen olor de santidad. Cf. Anselme de Cantorbéry, *Lettres I à 147*, 6, Paris, Cerf, 2004, p. 39.

<sup>57</sup> “Si puede decirse, remedando a Pascal, que Dios es más sensible al olfato que a la razón, es justamente porque la experiencia olfativa evoca, a su manera, la fusión con lo divino aludido por la mística. El perfume es presencia, más que representación; está en mí cuando lo respiro y estoy en él, en la atmósfera invisible con la que me rodea”. Albert, J. P., “Introductions”, *Odeurs et parfums*, Paris, Éd. CTHS, 1999, p. 16.

*¡Divino olfato!*

cuando, utilizando “una palabra no teológica”, pide a los teólogos que tengan ese “olfato de la fe” que no se equivoca.<sup>58</sup> El olfato y sus olores, recuperan lo evidente, la condición encarnada y finita que siempre es el punto ciego de nuestra reflexión. Sentido corporal que es agudo mediador para los que no somos mucho más (ni menos) que un soplo divino que, en algún momento, se quedará sin aliento.

A modo de final, formulo a la sagacidad del lector una pregunta de aroma navideño: ¿Qué habrán querido significar los reyes al regalarle incienso y mirra al recién nacido? Quizá no sólo quisieron traerle regalos caros que estimularan su hipocampo y emociones, sino darle una bienvenida que le recordara la intimidad odorable y le anticipara la precariedad de lo efímero a un Dios recién encarnado que se impregna.

---

<sup>58</sup> “Discurso del Santo Padre Francisco a la Asociación Teológica Italiana”, 29/12/2017.